

## Doctorado honoris causa de Jacques Fontaine profesor de la Universidad de la Sorbona

El día 17 de noviembre del pasado año tuvo lugar el acto de la colación de Doctor *honoris causa* al ilustre Profesor de la Sorbona, Jacques Fontaine. En el mismo acto se concedía la misma dignidad al Profesor de la Universidad Católica de Lovaina la Nueva, Gerard Fransen. El primero había sido propuesto por la Facultad de Filología Bíblica Trilingüe, mientras el segundo lo presentaba la Facultad de Derecho Canónico. Ambos son figuras relevantes en el campo de la investigación, especialistas en sus respectivos campos de cultivo.

El acto académico revistió todos los honores y galas de las grandes solemnidades. Realizada la entrada, en procesión solemne, al Aula Magna de la Universidad, y colocados en sus asientos todos los claustrales en traje académico, y también los muy numerosos asistentes al acto, a una orden del Rector de la Universidad, los padrinos de sus respectivos apadrinados se dirigían a la puerta del Aula para acompañar a los nuevos doctores, que hacían su entrada acompañados por el Decano de su Facultad y el Padrino. Una vez colocados en sus asientos, según el ceremonial de costumbre, el Gran Vice-Canciller, D. Antonio María Rouco, Obispo de Santiago de Compostela, imponía el birrete y el anillo a los Profesores Gerard Fransen y Jacques Fontaine. Tras la entrega del libro, símbolo de la potestad de leer y explicar en la Universidad que los acogía en su seno, los nuevos doctores expusieron sus lecciones académicas.

Previamente, cada uno de los padrinos pronunciaba la *laudatio* de su apadrinado. En ella se exponían los motivos que habían incitado a los Claustrales a la incorporación

de los nuevos doctores, y enumeraban algunos de los méritos y trabajos realizados en sus respectivos campos de investigación. No se trataba de una pieza retórica, sino que tanto en el caso del Prof. Fransen como del Prof. Fontaine los asistentes al acto pudieron darse cuenta de la realidad y exactitud de cuanto expusieron los Profesores Antonio García y José Oroz acerca de los doctorandos.

La lección académica de los nuevos doctores fue seguida del juramento por el que se comprometían a guardar íntegra y fielmente la verdad de la ciencia, las Sagradas Escrituras, las tradiciones y el crecimiento de la Iglesia de Cristo. Al juramento siguió el abrazo de gratulación del Gran Canciller, del Rector y de los Claustrales.

Creemos que, al margen de lo anecdótico y externo de aquel solemne acontecimiento del día 17 de noviembre pasado, es de interés recoger aquí la *laudatio* del Profesor de la Sorbona, Jacques Fontaine, pronunciada por el Profesor José Oroz, y la maravillosa lección académica expuesta por el Prof. Jacques Fontaine. Creemos que, si en la primera, el lector —como ocurrió a los numerosos asistentes que llenaban el Aula Magna— advierte los méritos indiscutibles del nuevo doctor, en las palabras que éste pronunció a continuación no es difícil descubrir todo un programa de trabajo, dentro de unas líneas de investigación en el campo de la Filología Clásica y en el cultivo de los Estudios patrísticos, donde el Prof. Fontaine se distingue excepcionalmente por su labor ininterrumpida desde hace más de 40 años.

JOSE OROZ

## Laudatio del Prof. Jacques Fontaine en la Investidura como Doctor honoris causa

Excmo. Señor Vice-Gran Canciller de la U. Pontificia.

Excmo. Señor Rector.

Excmo. Señor Arzobispo de Valladolid y señores obispos de Salamanca y Ciudad Rodrigo.

Ilustrísimos señores Decanos.

Ilmos. representates de las Universidades de Salamanca, de Madrid, de Santiago de Compostela, de Valladolid y de Barcelona.

Señores Claustales, Señoras, Señores, Alumnos universitarios.

La Universidad Pontificia de Salamanca procede en este acto a la investidura como Doctor *honoris causa* del Profesor Jacques Fontaine, Catedrático de Lengua y Literatura latinas en la Sorbona. La propuesta del reconocimiento público de su tarea académica e investigadora surgió de un acuerdo unánime de los Profesores de la Facultad de Filología Bíblica Trilingüe, propuesta y acuerdo que fueron sancionados por el Claustro y por la Junta de Gobierno de nuestra Universidad Pontificia.

Al tener que pronunciar en estos momentos la *laudatio* de mi apadrinado, si por una parte mis palabras pueden herir la reconocida modestia de Jacques Fontaine, por otra mucho me temo que lo que yo vaya a decir ahora pueda no expresar suficientemente los valores que adornan al Prof. Fontaine, tanto en su dedicación académica como en el campo de la investigación. En todo caso, aun recono-

ciendo el doble riesgo a que acabo de referirme, debo cumplir el papel que me corresponde en este acto de la investidura como Doctor honoris causa del ilustre Profesor de la Sorbona.

Conocí a Jacques Fontaine hace ya casi 30 años. Fue en París, la tarde en que se clausuraba el Congreso Internacional Agustiniiano, organizado por los padres Agustinos asuncionistas. Era en uno de los salones del Instituto Católico, donde Monseñor Blanchet había reunido aquella tarde del 24 de setiembre de 1954, para un vino de honor, a los asistentes de dicho Congreso. A partir de aquella fecha, nos hemos encontrado con alguna frecuencia en diferentes Congresos: París, Roma, Oxford, Madrid, etc.

Pero la cordialidad de estos encuentros ocasionales, con ser muy grande, no puede compararse a la admiración de otros encuentros más frecuentes que se han ido sucediendo a lo largo de estos casi treinta años. Desde aquella tarde de setiembre de 1954, he tenido la satisfacción de encontrar muchas veces al Prof. Fontaine, en sus obras y artículos que llegaban casi periódicamente a mis manos. De estos encuentros querría hablar ahora.

El año 1959, después de unos tres años (1943-46) en la Casa de Velázquez, en Madrid, Fontaine sorprendía a los investigadores isidorianos con la publicación en dos volúmenes de su obra: *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*. Aquel millar de páginas densas que recogían los frutos primeros en el campo de nuestro Isidoro de Sevilla constituyó la sembradura fecunda en los estudios isidorianos que, en diferentes partes, va floreciendo y fructificando con especial abundancia. Al año siguiente aparecía otra obra sobre el gran enciclopedista medieval. Era la edición crítica del *Tratado de la naturaleza*, seguido de la *Carta* en verso del rey Sisebuto a Isidoro. Eran otras 600 páginas llenas de logros y aciertos.

Estos dos trabajos monumentales indicaban bien a las claras la orientación de las investigaciones de Jacques Fontaine: la literatura y la cultura de la España paleocristiana y visigótica. Fontaine supo colocarse entre la antigüedad y la Edad Media para captar exactamente los valores de la época de Isidoro, escritor de su tiempo y para

su tiempo, responsable de una cultura nueva, destinada a los directores de la Iglesia y del reino visigodos, enciclopedista monumental y sin fronteras. Para el Prof. Fontaine no hay secretos en lo que para otros puede ser oscuridad en aquellos tiempos isidorianos.

A esas dos grandes obras que hemos señalado seguirán más de 30 colaboraciones, en diferentes revistas, todas ellas con el denominador común de Isidoro o la cultura visigótica, o las letras y la vida de la España paleocristiana. De entre esos artículos, oigamos los títulos de algunos: «Isidoro de Sevilla, autor ascético»; «Isidoro de Sevilla y la etimología isidoriana»; «Aportación de san Isidoro de Sevilla a la evolución medieval de la penitencia»; «Observaciones sobre la teoría isidoriana de la etimología»; «Isidoro de Sevilla y la cultura de su tiempo»; «¿Isidorus Varro Christianus?»; «Nota sobre el acento latino en el siglo VII según el testimonio de Isidoro de Sevilla»; etc.

Pero el Prof. Fontaine no se limitó a estudiar la cultura de la España visigótica. Como buen Francés, no podía olvidarse de sus compatriotas. Así «La hagiografía y la creación literaria en la Galia Cristiana del siglo IV» fue otro de los campos en que hundió su interés investigador. El XVI centenario de la fundación de la Abadía de Ligugé, por el futuro san Martín de Tours, en 361, fue el punto de partida para los trabajos que fueron saliendo de su pluma. Recordemos aquí los tres volúmenes de la *Vita sancti Martini*, de Sulpicio Severo, iniciador de un nuevo ascetismo monástico. La edición crítica, la traducción y el comentario de la obra de Sulpicio Severo, a cargo de nuestro doctorando han contribuido a renovar las perspectivas de la crítica hagiográfica y del tiempo que presenta esta obra desde el ángulo de un análisis propiamente literario y estilístico, de tipo metodológicamente nuevo.

A esta obra importante de más de 1.500 págs., acompaña una serie de más de 25 artículos que analizan puntos y aspectos particulares. He aquí algunos de los más notables: «Vérité et fiction dans la chronologie de la *Vita Martini*»; «Sulpice Sevève a-t-il travesti saint Martin de Tours en martyr militaire?»; «Alle fonti dell' agiografia europea: storia e leggenda nella *Vita* di san Martino de Tours»;

«Saint Martin et nous: sur quelques aspects de la spiritualité de saint Martin»; «L'ascétisme chrétien dans la littérature gallo-romaine, d'Hilaire à Cassien»; «L'aristocratie occidentale devant le monachisme aux IV<sup>e</sup> et V<sup>e</sup> siècles»; «L'apport du christianisme à la prise de conscience de la patrie gauloise sous la dynastie théodosienne».

Además de estos dos temas fundamentales que hemos indicado, el Prof. Fontaine tuvo tiempo para dedicar parte de sus vigiliias a la estética de la prosa artística en el Occidente latino de los siglos III y IV. El notable investigador francés supo seguir de cerca el nacimiento y la evolución de la conciencia estética en los escritores cristianos tal como aparecía en su práctica progresivamente nueva de la escritura, y al mismo tiempo logró determinar en qué sentido esos escritores cristianos han sabido justificar explícitamente los cambios que han operado. Fontaine ha sabido captar, en toda la amplitud de su contenido, el hecho literario tardío como tal.

Y con ser ya notabilísima la producción del Profesor Fontaine, todavía quiso adentrarse en la poesía y poética de la latinidad cristiana del siglo III al VI. Se trata de un campo que corre paralelo con los estudios de la estética y de la prosa artística. En este apartado y para no extenderme demasiado en la exposición de los méritos de mi apadrinado, quiero señalar tan sólo dos obras: *Etudes sur la poésie latine tardive, d'Ausone à Prudence*, 520 pp., Paris 1980, y *Naissance de la poésie dans l'Occident chrétien: esquisse d'une histoire de la poésie latine chrétienne du III<sup>e</sup> au VI<sup>e</sup> siècle*, 380 pp., Paris 1981.

No voy a referirme al apartado que podríamos catalogar como «Transmisión y mutaciones de la herencia antigua en la Romanía de la alta Edad Media», ni a otro donde podríamos recoger cuanto se refiere a la «Arqueología e historia de las partes pre-romanas hispánicas», y pasará también por alto un último apartado de «Varia», donde tendrían cabida las aportaciones de Fontaine a la sabiduría horaciana, unas reflexiones ciceronianas, alguna colaboración sobre temas agustinianos, etc.

Quedaría incompleta mi *laudatio* si no aludiera, aunque sólo fuera de pasada a los títulos que a lo largo de sus

investigaciones ha ido conquistando el Prof. J. Fontaine. Digamos sencillamente que es Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia; Miembro del Comité de la Association G. Budé; Antiguo Secretario y cofundador de la Asociación Internacional de Estudios Patristicos; Presidente de la Sociedad de Estudios Latinos, en 1968; Director de un Equipo de investigaciones del «Centre de Recherches Lenain de Tillemont pour le Christianisme ancien»; Miembro del Comité Nacional del Consejo Francés de Investigaciones Científicas, y Académico de número de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.

Además ha pronunciado conferencia en las universidades más célebres de Alemania, Inglaterra, Bélgica, España, Italia, Países Bajos, Suiza y Polonia.

La dedicación plena del Prof. Fontaine a los estudios clásicos en sus más diversas manifestaciones queda bien manifiesta en lo que hemos dicho hasta ahora, aunque haya sido de una manera muy resumida para no fatigar demasiado la atención de mis amables oyentes, ni herir los sentimientos de humildad de nuestro doctorando con calificativos y juicios que pudieran parecer expresión de nuestra amistad y afecto más bien que valoración objetiva e imparcial de mis encuentros en los más variados momentos de la vida de este investigador ejemplar.

Es un honor para nuestra Universidad Pontificia de Salamanca que demos hoy acogida al Prof. Jacques Fontaine como *Doctor honoris causa* en su Claustro. En la mente de todos los Claustrales esta acogida significa el reconocimiento real y objetivo de tantos y tantos méritos como a lo largo de su vida de Profesor, primero en la Universidad de Caen, y desde 1959 en la Sorbona, y al través de tantos años de investigador incansable y universal «*Latini*» *nihil a me alienum puto*, podría repetir nuestro doctorando con el poeta latino —ha sabido recoger día a día Jacques Fontaine.

Y al mismo tiempo no dudo que tú, mi querido amigo Jacques, sabes aceptar, como se merece, el honor que ahora te ofrecemos los Claustrales de la Universidad Pontificia de Salamanca, esta Universidad joven y antigua al mismo tiempo, que comparte con nuestra hermana la Universidad

de Salamanca, la gloriosa tradición de aquella noble y distinguida escuela salmantina, donde se formaron y enseñaron tantos ilustres profesores y maestros en todos los campos del saber humano.

Bienvenido, pues, querido amigo y colega, a nuestra comunidad universitaria salmantina. Gracias por tu admirable y fecunda obra, y que tu ejemplo nos ayude a seguir de cerca las metas que tú has ido señalando, en los diferentes momentos de tu dedicación universitaria, a lo largo de tus vigiliás y de tus desvelos, para esclarecer nuestra propia cultura hispánica de la alta Edad Media, y para poner de relieve los valores reales de la investigación patristica. Tu es chez toi, cher Jacques!

JOSE OROZ



## Lección del Prof. Jacques Fontaine en la investidura como Doctor honoris causa

Excmo. Señor Vice-Gran Canciller de la U. Pontificia.

Excmo. Señor Rector de la Universidad Pontificia.

Excmo. Sr. Arzobispo de Valladolid y Sres. Obispos de Salamanca y Ciudad Rodrigo.

Ilustrísimos señores Decanos y colegas.

Señoras y señores y queridos estudiantes de Salamanca.

«Facienti quod in se est Deus non denegat gratiam». Cada día, al entrar en el «phrontisterio» de mi despacho, vuelvo a leer esta bella sentencia de Santo Tomás de Aquino. Hoy podré añadir, plenamente agradecido: «re uera per quadraginta annos mihi non denegauit». Y por este casi medio siglo me cumple hoy dar las gracias a cuantos han sido para mí mediadores y portadores de estos dones, tanto en la Iglesia como en la Universidad, y particularmente en estas para mí inolvidables tierras de España, cuya poderosa originalidad creadora ha inspirado una buena parte de mis investigaciones y publicaciones desde hace ya cuarenta años. Este Doctorado de la Universidad Pontificia de Salamanca reúne, tan perfectamente como yo jamás lo pudiera soñar, estas tres fuentes de mi labor intelectual y, sin que yo lo sepa tan claramente, de mi búsqueda espiritual.

Precisamente en este mes de noviembre, hace ya cuarenta años cuando pisé por primera vez las calles y callejones de esta vuestra incomparable «dorada Salamanca»,

deslumbrado por las bellezas arquitectónicas de una civilización que yo iba descubriendo por primera vez en su grandeza castiza, en el ambiente, trágico todavía, de una guerra fratricida que proseguía su saña más allá del Pirineo.

Me había incitado a este primer viaje un viejo amigo de don Miguel de Unamuno, nada más y nada menos que el Director de la Casa Velázquez, de Madrid, don Mauricio Legendre, Salmantino de elección, ciudadano de honor de La Alberca, descubridor de las Hurdes y que hoy descansa en la paz de los justos, allá en lo alto de la Peña de Francia, ante el paisaje grandioso y arisco que consideraba él como su patria espiritual. Baste nombrar la Peña de Francia para recordar los antiguos lazos que vinculan a mi tierra con las tierras reconquistadas repobladas en el siglo de la «cruzada de España», la del siglo XI, de los Cluniacenses de Borgoña y del siempre bien nombrado y nunca olvidado «camino francés».

En esta primera andanza del año 1943 por los campos góticos, que iban a ocupar un puesto tan destacado en mi ideario desde entonces, me encontré también por vez primera con los hechizos del arte visigótico, tanto en San Juan de Baños bajo el viento glacial de un día de Todos los Santos, como en la cripta de San Antolín, en la catedral de Palencia, que vino a ser el punto extremo de aquel viaje, descubierta del «far west» hispánico... Pero ya me resultaba trazado el camino, o mejor «mi camino» de San Isidoro (ya vuelto de León) hasta Prisciliano, y desde las iglesias godas a las mozárabes, en esta región del noroeste de la Península ibérica que para mí es la más genuinamente hispana.

Con estos recuerdos personales sólo os quiero sugerir, en pocas palabras, pero muy sentidas como salidas del corazón, la profunda significación que reviste para mí el emocionante y solemne acto al que me habeis invitado. En aquellos ya lejanos tiempos, yo nunca habría soñado que me hicieran al menos «bachiller de Salamanca» —como lo fueron tantos héroes, hidalgos, frailes o pícaros de vuestros siglos de oro. Y mucho menos podría yo imaginar que la Universidad Pontificia de Salamanca me confiriera algún

día el noble y codiciado título de tantos sabios y maestros como han dejado grabados sus monogramas en las paredes de la catedral salmantina o que en la actualidad siguen ennobleciendo los muros del edificio donde se alberga vuestra Universidad.

Pero a España le debo mucho más de lo que cualquiera de los que me escucháis podéis imaginar. Por mis venas corre un poco de sangre hispana, al través de un misterioso y sin duda noble caballero español, desconocido o al menos no bien descifrado antepasado del que siguió hablando, hasta mí, una tradición ininterrumpida de mi familia. Esta ascendencia hispana no la desmentía el tipo físico de mi abuela paterna ni el porte exterior de mi padre que... se vino a cruzar en mi nacimiento con sangre de Lorena, y que, en consecuencia, ya no se distingue con tanta evidencia. Vosotros teneis un refrán bien expresivo que dice: «Genio y figura hasta la sepultura». Pues bien, si de la cuna he perdido la figura, quizás los que me conocen mejor piensan —y tal vez con razón— que algo me queda por lo menos del genio.

Mi padre se encaprichó toda la vida con cosas de España, pero nunca pasó el Pirineo, ni llegó a ver jamás aquellos «châteaux en Espagne», que, en la frase francesa no es otra cosa sino «castillos en el aire». Pero a mí me fue concedido el privilegio de realizar sus sueños repetidas veces, y de encontrarme aquí como en mi segunda patria.

En la Casa de Velázquez, adonde tuve la suerte de ingresar, y después de vivir tres años inolvidables —entre ellos mi casamiento en la Parroquia de Santa Bárbara y también el nacimiento de nuestro hijo —me inició, entre otras muchas cosas, en la patristica y en la arqueología de la España paleocristiana y visigótica. Allí, en mis años mozos del 1943 al 1946, comencé a darle vueltas a la excelsa figura de Isidoro de Sevilla, particularmente al través de los más venerables manuscritos de El Escorial. Fue entonces cuando me alentaron a adentrarme en el campo de la investigación patristica española Don Pascual Galindo, en Madrid, el Padre Angel Custodio Vega, en El Escorial y, más que ningún otro el que era entonces —desgraciadamente para pocos años— uno de los patrólogos más eximios

y de más categoría que ha tenido España en lo que va de siglo: me refiero al Padre José Madoz.

Mi encuentro con el Padre Madoz en el Colegio Máximo de Oña constituye uno de los recuerdos más pintorescos de aquellos años «heroicos». Para entrevistarme con el gran patrólogo español, no tuve más remedio que alquilar una bicicleta de Briviesca —en la que todavía se oía cantar al sereno en las noches calladas de Castilla. A mi llegada el P. José Madoz se quedó pasmado al divisar mi extraño y deportivo equipaje. No podía imaginar que aquel señorito francés de 21 años, llegado en «bici», con pantalones cortos, tuviera alguna relación con aquel investigador que había cruzado con él las cartas más formales y técnicas sobre patristica visigoda... Por fin, si puedo expresarme así, consintió en «reconocerme» tal como era y quien era en realidad, y desde aquel momento hicimos muy buenas migas y se estableció entre los dos una profunda amistad que duró hasta su muerte.

El campo de estudio y de investigación se asomaba recio y arduo como los páramos de la meseta, y por él tuve que caminar con obstinación quijotesca hasta osar adentrarme en el terreno incierto y delicado de la investigación de fuentes que a tantos predecesores ilustres y animosos había ya agotado sin que llegaran al final. Pero el privilegio de vivir tres años en la «piel de toro», recorriéndola de cabo a rabo en aquellos pintorescos e incómodos trenes de los años cuarenta, arraigó en nuestros corazones juveniles —ya me había casado para entonces— un amor profundo a la tierra de España y a sus hombres, en estos microcosmos tan curiosos que eran entonces los departamentos de tercera clase de la península. Y entre todas las provincias de la península, Castilla la Vieja nos fascinaba como la tierra áspera en que sigue latiendo el auténtico corazón de España.

«Laudari a laudato uiro» es, en frase de Cicerón uno de los honores más deseables en la vida. Bajo este aspecto, me conmueve el que este sello ilustre sea puesto a cuarenta años de investigación por vuestra Universidad Pontificia, no lejos de los campos góticos, en esta provincia salmantina donde aparecieron las pizarras visigodas, al sur de la torre

de Tábara, famoso por su monasterio donde el *arcipictor* Magio y el miniaturista Emeterio crearon uno de los más hermosos «Beatos»; y además, ante esta tan docta y distinguida asamblea, en el centro de enseñanza e investigación que publica la renombrada revista *Helmantica*, que tan valiosos homenajes ha prestado a la investigación isidoriana y visigótica y donde los más prestigiosos especialistas españoles y extranjeros han publicado tantas colaboraciones interesantísimas dentro de los estudios patrísticos y clásicos.

Este doctorado que ahora me concede la Universidad Pontificia de Salamanca establece un vínculo más duradero entre la Universidad española y la francesa, entre la Sorbona de París —autorizada también en el siglo XIII por bula pontificia— y uno de los centros universitarios de más alta categoría de la península ibérica tanto en el campo de la docencia como en el área de la investigación. Estos vínculos se han hecho más fuertes y numerosos estos últimos años, justamente en el servicio de la investigación isidoriana. Sólo evocaré aquí dos hechos simétricos.

De una parte la preciosa edición bilingüe de las *Etimologías* de san Isidoro, en la «Biblioteca de Autores Cristianos» que, en colaboración con el también Profesor salmantino Marcos Casquero, acaba de publicar mi excelente y distinguido amigo Fray José Oroz —ahora plenamente colega— este simpático fraile agustino recoleto, «curé d'été» en la Picardía (digo Picardía, con mayúscula), eminente y querido padrino en mi doctorado *honoris causa*, al que felicito y agradezco cordialísimamente por su muy convincente informe en pro de mi doctorado salmantino.

Por otra parte, el papel destacado que un equipo de investigadores salmantinos, en torno a la cátedra y personalidad científica de doña Carmen Codoñer, a la que me complace saludar con fiel amistad en esta asamblea, desempeña en nuestra edición comentada y crítica de las obras isidorianas ya en curso de publicación en la editorial parisina de «Les Belles Lettres»: en la nueva colección que he fundado con mi colega Yves Lefèvre, para editar a los autores de la alta Edad Media, sobre todo hispánicos, y

particularmente a Isidoro de Sevilla, con el título de «Auteurs latins du Moyen Age», ALMA.

La colaboración científica entre Salamanca y París ya no es tan sólo un «voto o deseo piadoso», sino que ya se afirma como viva realidad en pleno desarrollo. Tales hechos dan un sentido dinámico al acto presente. Sin olvidar el homenaje personal que aquí me acabais de brindar, quiero subrayar este aspecto de manifestación pública de una colaboración efectiva científica y cordial, que ya produce unos frutos sazonados. La colaboración que existe entre nuestras tres Universidades, las dos salmantinas y la Sorbona de París, cuaja hoy en un acto solemne que no es conmemoración nostálgica, sino expresión de una tradición viva; todos tenemos que mantenerla en su más alto nivel, con la conciencia responsable de una tarea común, más que nunca imprescindibles a nuestros estudios, y considerar este día como un punto de partida para una nueva marcha adelante en pro de los estudios clásicos y patristicos.

En esta Universidad Pontificia de Salamanca, y luego más allá donde me encuentre, será para mi un placer y un deber aprovechar esta ocasión única para expresar el agradecimiento del que soy deudor para tantos centros peninsulares con los que tengo el honor de colaborar desde hace tantos años. Ante la imposibilidad de citarlos todos ahora, permítaseme que esta gratitud se exprese de modo particular a la Fundación Pastor, al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al Instituto de Estudios Arqueológicos de Barcelona, y sobre todo a la Universidad de Santiago de Compostela, a la de Barcelona y a la de Valladolid que han tenido a bien enviar su representación en los Profesores Díaz y Díaz, Bejarano y Millán Bravo respectivamente.

Pero omitiría otro aspecto muy curioso, digno de toda consideración, si no subrayara el hecho de que este doctorado está conferido por unos clérigos a un lego o seglar, por una Pontificia Universidad a un miembro de la Universidad de la República francesa, hasta hace poco tan forzosamente «laica». En este punto, más allá de mi modesta persona, siento este honor rendido al papel que han venido representando los legos o seglares —en particular

en la Universidad francesa— en los estudios patrísticos desde hace medio siglo.

Me bastará aquí evocar ante vosotros las altas y excepcionales figuras de mis colegas y amigos, que ya pasaron a mejor vida: me refiero al gran historiador Henri-Irénée Marrou y al filólogo Pierre Courcelle. En estas dos figuras relevantes de la Universidad francesa puede simbolizarse el amplio movimiento que, hoy todavía, sigue atrayendo a un número imponente de jóvenes filólogos e historiadores franceses hacia el estudio de los Padres de la Iglesia y a los campos de la Antigüedad tardía y de la alta Edad Media. Y esto considerando a aquel medio milenio en sus aspectos más diversos: historia y codicología, prosopografía y sociología, doctrina y estética, lengua y literatura, civilización y arte, sin contar con el sinnúmero de ediciones críticas, traducciones y comentarios, publicadas en distintas colecciones.

Ya han pasado definitivamente los tiempos hoscos en que la «inteligencia» universitaria siguiendo la estela de Gibbon y del setecientos y adoptando el soberano desprecio de los filósofos franceses del siglo XVIII frente al cristianismo antiguo y medieval, venía a considerar aquellos siglos como un desierto estéril en la historia del pensamiento y el arte de Occidente. Un reciente coloquio internacional de historiadores del arte, reunido en New York con motivo de una maravillosa exposición del siglo III al siglo VI en el Metropolitan Museum, ha caracterizado felizmente a esta época con el calificativo evocador de «una edad de espiritualidad» —*Age of Spirituality*. Dicho título, en esa Antigüedad tardía, tanto vale para la tradición antigua y pagana como para la judía y, más que todo, como es evidente, para la cristiana.

Sin abandonar en ninguna forma la debida, yo diría mejor, la imprescindible atención a los grandes autores clásicos, que tanto han impregnado la cultura básica de los Padres, y más aún de modo especial la del Hispalense, ha sido un acontecimiento de grandísima monta en la investigación actual esta reconquista de los siglos de la Antigüedad tardía, y el redescubrimiento de la riqueza de sus aportes a la civilización occidental.

Este desarrollo se ha concretizado en Francia con la institución de varios centros de trabajo y de publicación o edición de textos. Sólo quiero recordar aquí, entre otros: «Les Sources chrétiennes», de Lyon; el «Centre de Documentation patristique», de Estrasburgo; el «Institut des Etudes Augustiniennes», felizmente acomodado ahora en lo alto del palacio de los abades de Saint Germain-des Prés, de Paris, cerca de las tumbas de nuestros antepasados espirituales e intelectuales, los grandes Benedictinos de Saint Maur, los Maurinos, del siglo xvii y xviii. Y, en fin, el «Centre de Recherches Lenain de Tillemont pour le christianisme ancien et l'Antiquité tardive», a que se ha referido ya el P. Oroz, centro fundado por el gran maestro Marrou en la Sorbona y cuyas actividades agrupan cátedras de Latín, de Griego y de Historia del cristianismo.

Clérigos, monjes y, cada vez más numerosos, seculares, trabajan ahora juntos en equipos, seminarios, coloquios y reuniones que fomentan entre sí y entre ellos y otros centros similares, un intercambio de ideas y unas iniciativas de toda clase, como ha sido el interesantísimo Coloquio de Chantilly sobre Gregorio Magno, el año pasado. El «Centre National de la Recherche Scientifique» (CNRS) ha reconocido y coordinado estas actividades y centros de distinta clase y estatutos, dentro del marco general de un Grupo de Estudios Comunes o GRECO que lleva el título de Historia antigua del Cristianismo. Pues bien, todos los investigadores franceses de estos centros se encuentran indirectamente honrados por la dignidad nueva que acabais de conferirme.

Y ahora vais a permitirme, hablando en nombre de todos esos colegas y colaboradores franceses, desarrollar ante esta solemne asamblea de investigadores salmantinos algunas reflexiones sobre el enfoque particular de la filología patristica, tal como nosotros la concebimos. Ya no se considera tan sólo como una *ancilla theologiae*, es decir, como una sirvienta, como un tesoro de textos en que el teólogo de profesión venía y sigue viniendo con razón a buscar las «autoridades» que puedan sustentar sus propias especulaciones. Si la filología patristica es estudio de las fuentes patristicas, lo es en el sentido más originario y fuerte de la



metáfora: es el acercamiento respetuoso, lleno de admiración, a un «devenir histórico» que nos pone en contacto directo con el fluir y desarrollo de una tradición viva, ininterrumpida, tanto del cristianismo en sí, como del pensamiento y de la estética de Occidente. En estas fuentes intentamos beber otra vez, alimentarnos de la palabra viva de unos hombres que han expresado una experiencia religiosa de calidad a menudo excepcional, pero eso al través del estudio de un lenguaje que tenemos que aprender otra vez con prudencia y respeto. Y para ello debemos ante todo y sobre todo saber traducir sus propios pensamientos, sus frases y cada una de las palabras, tan plenas y transidas de contenido para entender mejor el mensaje de sus obras y el latido de sus sílabas. Este es el sentido profundo de la ecdótica patristica: debe ejercerse a la vez con exigencias críticas de método, pero también con esa simpatía sobre la que Henri-Irénéé Marrou escribió tan bellas y aleccionadoras páginas en su *libellus aureus* que lleva por título: *De la connaissance historique*.

Sobre estas bases fundamentales de la filología patristica comprenderemos mejor y más auténticamente el profundo mensaje del Cristianismo en el mundo helenístico y romano que le ha visto nacer y crecer, y mejor percibiremos y concebiremos el papel radical que ha desempeñado en la aparición y el crecimiento de las ideas y formas estéticas de nuestra civilización. Por eso al través de las crisis de valores que estamos atravesando, nos vamos también acercando y llegando de manera tan fundamental a la crisis final del mundo antiguo a que corresponde la «Edad de los Padres».

Por eso, esta nuestra peregrinación a las fuentes de la inteligencia y de la sensibilidad cristiana, creemos que responde a la espera y esperanza de un mundo en que vemos crecer otra vez la inquietud religiosa y la curiosidad espiritual. Al ver a los Padres de la Iglesia encarados con tantos problemas y situaciones que a menudo se parecen a las nuestras —pienso, por ejemplo, en la violencia y en la intolerancia— no hemos de pretender adoptar nosotros sus mismas soluciones, sino que nosotros, los hombres del siglo xx, hemos de analizar más justamente nuestras pro-

pías situaciones y luego, contemplando con mayor lucidez y a cierta distancia los problemas de hoy, debemos resolverlos mejor, aprovechando la experiencia de aquellos antepasados nuestros, que se enfrentaron con dificultades particulares, pero siempre muy parecidas en algunos aspectos a las nuestras.

Así vamos preparando paradójicamente la espiritualidad auténticamente humana del siglo XXI y cogemos de plano la grandeza de nuestra misión. Muy lejos de un «juego de príncipes» o de un «divertimiento» intelectual elitista o sectario, la investigación patristica pone en juego nuestra existencia colectiva y compromete el futuro de la humanidad, del que nos hemos de sentir tanto y más responsables que los mismos hombres políticos. Nuestro *otium* no se opone en modo alguno al *negotium* de los políticos; antes bien creemos, refiriéndonos al *De otio* de nuestro Séneca, que puede ser uno de los mejores instrumentos y de los más adecuados, para llevar a cabo la tarea de los hombres encargados del bienestar de la sociedad.

He creído que, en este día y en una reunión tan solemne, bien merecía la pena que nos detuviéramos durante unos momentos a reflexionar sobre este nuestro papel en la sociedad de hoy, y que nos convenciéramos de este aspecto *existencial* de nuestros estudios en la patria espiritual de don Miguel de Unamuno.

Por todo eso quisiera terminar expresando mis deseos concretos de que este día permita acrecentar nuestra colaboración internacional en los años venideros, dentro de una Europa renovada, que más que nunca ha de tomar la clara conciencia de su herencia viva y de sus raíces comunes. Gracias a este doctorado, que me habeis concedido, claustrales de la Universidad Pontificia de Salamanca, me siento ya más solidario y más conscientemente conciudadano vuestro, tanto de nuestra *ciuitas terena* europea como de esa otra gran Ciudad de Dios, sin olvidar, por ello, a esta otra ciudad más pequeña pero igualmente real de Salamanca.

Pese a Luis XIV, siempre hay entre nosotros algún que otro trozo de Pireneo que aún queda por derribar. Siguiendo a su vocación universal, inscrita en las raíces de la palabra *católica*, la Universidad Pontificia de Salamanca ha contri-

buido a su modo, a acabar en el acto de esta mañana con ese trocito de Pireneo. Mejor dicho, ha aportado su piedra a la edificación de Europa, a la solidez y solidaridad de la *res publica* de los investigadores y enseñantes, particularmente de nosotros los filólogos y los cultivadores auténticos de los estudios patristicos.

Dede lo más profundo de mi corazón y con las palabras más sinceras que soy capaz, quiero agradecer cordialísimamente a los Claustrales de la Universidad Pontificia de Salamanca el elevadísimo honor que me habéis otorgado en la colación de este doctorado *honoris causa*. No podía por menos de expresar mi agradecimiento más profundo al pensar que este acto se ha realizado tan simbólicamente en el marco de una de las más antiguas ciudades universitarias de nuestro viejo continente, es decir bajo la égida de la noble tradición de siete siglos de enseñanza y de investigación, ilustrados por los nombres sin par de Fray Luis y de don Miguel, de quienes vosotros sois, mejor dicho, nosotros todos somos aquí, *uolentes nolentes*, los felices herederos. Por todo esto, muchas gracias.

JACQUES FONTAINE